

PALABRAS ESCOGIDAS

Por Luis Ángel Barquín

Hasta hace unos pocos años, me complacía habitando en la creencia de que era yo quien escogía las palabras con las que me expresaba, haciéndolas mías como si dispusiera de la voluntad y el poder de buscarlas, encontrarlas, y disponerlas en tal o cual orden y sentido, impregnadas de este o aquel sentimiento. En cierta manera, resultaba lógico que así pensara ya que anteponía mi ego al resto de las cosas y, lo que era la entraña de esta idea, me sentía separado como sujeto de ellas, objetos ajenos a mí pero a merced mía en ocasiones, sobre los que podía influir o no.

Últimamente, el proyector de la vida va reproduciendo en mi mente unas imágenes distintas del fenómeno. Las palabras se me aparecen como símbolos humanos muy densos, de un alto grado de complejidad a la hora de desentrañar su significado, pertenecientes a un linaje que carga con millones de años de evolución del hombre desde sus orígenes, perdidos en el tiempo. Cada palabra representa a una pieza de nuestro rompecabezas mental, y determinar su posición en el mismo, es descifrar de un modo mágico y existencial su interrelación con las demás palabras o piezas.

Otro enfoque diferente pero vinculado al mismo fenómeno, me lleva a contemplar a algunas palabras como cimas, en perpetuo crecimiento, de emociones exclusivamente humanas que han de ser totalmente exploradas para ser superadas y disueltas. Las palabras que supuestamente escogemos, en realidad se nos adhieren, nos eligen para desarrollarse aún más y expresar con mayor calado y sencillez aquello inexpresable que las anima, haciéndonos partícipes con sutileza de su misterio, encantándonos para llevarnos sin resistencia hasta sus dominios.

Si el género de las palabras es femenino, no es por casualidad. Podría deberse a que ha sido el hombre, y no, la mujer, quien durante miles de años ha desempeñado casi en exclusiva la tarea de lidiar con ellas,

aprendiendo y desarrollando el arte de intuir las, de cortejarlas y enamorarlas, para poder tocar la cima suprema de la expresión artística, sabedor de su naturaleza escurridiza y juguetona.

El acceso al elenco en que las palabras están dispuestas en el mundo paralelo, está ¡por fortuna! cifrado. La llave maestra para llegar hasta ellas viene fabricada con una aleación ancestral, entre cuyos componentes se encuentran la inocencia, la firmeza, y el abandono de uno mismo como intérprete de su realidad.

La inocencia, para poder confiar en ellas y en uno mismo con claridad, en su aparecer y desaparecer relajado y natural, sintiendo que la palabra original llega envuelta en una cierta atmósfera donde todo es armonía. Tal armonía, al saberse amada por el escritor inocente, busca sintonizarse con la suya.

La firmeza, para lograr estar siempre en pos del equilibrio entre la forma y la sustancia del vocablo, otorgando su justa importancia a cada parte, a cada opuesto, a cada ala que nos sustenta en el viaje de escribir.

El propio abandono, último y no menos importante componente, nos permite darnos y dar a las auténticas palabras, el necesario descanso para iniciar un periodo de limpieza exterior y de descarga interior. Limpieza exterior con el fin de eliminar tanto polvo y sudor que llegan a pegarse a la palabra y al atuendo de escritor, expuestos a la sana intemperie del uso. Descarga interior para eliminar conceptos viciados, pensamientos huecos e ideas vanas, impurezas en suma, que se cuelan en cada nuevo proceso de cristalización de la palabra y del hombre que escribe, ambos en permanente evolución.

Resulta imprescindible para los dos, sumirse en el vacío creativo de donde todo mana, hacia donde todo se dirige circunferencialmente, donde la agotada vida se renueva en las fuentes de la muerte para renacer en una aurora más intensa si cabe, de expresión más elocuente. La mente humana, conectada con la universal, viene a ser como la misma tierra, íntimamente unida al océano y al cielo, a todo lo demás. Fuera y dentro, tierra y mente, una vez cultivadas y habiendo dado fruto y cosecha, han de gozar del suficiente tiempo de reposo incontaminado para regresar dispuestas a dar

frutas, hortalizas, cereales, ... más nutritivos; y cuentos, novelas, piezas teatrales, artículos, ensayos, poemas, ... más jugosos.

En definitiva, las palabras anhelan y luchan por encontrar un impecable cauce de expresión para que el caudal de su corriente llegue de la manera más limpia y sencilla hasta el océano de las no-palabras. Allí, muere al fin su impotencia en la expresión de lo inexpresable, entregándose sin hacer ruido, en el puro gozo de la tinta blanca sobre el blanco papel de la belleza, que se autoexpresa con su solo ser.

El ser humano, conocedor del hecho de que son las propias palabras las que lo eligen para cobrar vida a través suyo, puede ir a su encuentro alumbrado por la luz de su consciencia. Esto le permitirá reconocerlas en cuando aparezcan en su camino, saludarlas y hacerles la expresión más fácil y elegante. Su elegancia será la gracia con que se expresen, el perfume que nos permitirá distinguir si avanzamos por el buen camino, cogidos de su mano.

Madrid, 21 de septiembre de 2005